

primeros inspiraban contribuyó muy poderosamente á empeorar su suerte. No se les permitió, como en un principio se había pensado, viajar por el extranjero, y se procuraba tener secreto el lugar á donde se habían retirado, sin que á pesar de todo esto se viera la emperatriz libre de todo temor de una lucha civil en pro de la familia destronada. Sin embargo había un medio muy fácil de hacer inofensivos á los pretendientes que residían en Holstein, y era reconocer sus pretensiones y poner término al papel de pretendientes que venían desempeñando. El sobrino de Isabel, al subir esta al trono, contaba catorce años: una de las primeras cosas que hubiera debido hacer Isabel al tomar posesión del gobierno, era sacar á su sobrino de su residencia de Holstein, y después de hacerle ingresar en la Iglesia griega nombrarle sucesor suyo.

Uno de los rasgos que demuestran la debilidad y la vacilación en las decisiones de los gobernantes de aquel tiempo, decisiones que ni tenían por objeto los intereses generales ni procedían de consideraciones verdaderamente políticas, sino de razones puramente personales, es que la resolución de la cuestión de sucesión al trono fué tratada, al comenzar el reinado de Isabel, por algunos pocos consejeros y dilucidada en forma de sorpresa por el supremo funcionario del imperio, por el ministro director. El embajador sajón, Pezold, que escribe con bastante exactitud aquellos sucesos, pretende saber que el temor que le inspiraba la familia de Brunswick indujo á la Czarina á proceder de un modo tan funesto para ella (1). Las circunstancias de que en todas partes se hablara mal de la Czarina y de que un lacayo de cámara, Turschaninoff, en unión de dos oficiales prepararan un atentado contra su vida y la de Pedro de Holstein para entronizar de nuevo á Ivan Antonowitz (2), fortalecieron en el ánimo de Isabel la intención de ganar prestigio y fuerza resolviendo la cuestión de sucesión al trono. Todo el mundo opinaba que el gobierno de Isabel no sería de larga duración: era, pues, preciso combatir esta creencia y los rumores que circulaban por medio de disposiciones enérgicas. Así como la opinión pública había sido sorprendida con la noticia de la repentina llegada á San Petersburgo del joven duque de Holstein, preparada en secreto (3), del mismo modo su nombramiento de sucesor al trono, tenido por hecho consumado, debía ser una prueba de la consolidación de la situación de Rusia.

(1) Véase el despacho de Pezold al rey, 15 de diciembre de 1742 en la Ilustración de la Sociedad histórica. VII. 463.  
(2) Solowieff, *Historia de Rusia*. XXI. 199-200.  
(3) *Biografía de Pedro III*, Tübingen 1808. I, 29.

Pero el peligro que de parte de Brunswick amenazaba quedaba en pie. Federico II aconsejó á la Czarina Isabel, en agosto de 1743, que para su propia seguridad separase á los miembros de la infeliz familia que á la sazón residían en Dünaburgo, encerrando á la regente en un convento y enviando al hijo de esta á Siberia y al duque á Alemania (4). El rey hacía depender el buen éxito de las negociaciones entabladas para el casamiento de Pedro de Holstein del consejo que él había dado respecto de la familia de los Brunswick (5).

Lo que el duque de Holstein significaba para el trono de Isabel se comprenderá al estudiar los acontecimientos que sucedieron después. Cuando este príncipe enfermó gravemente en diciembre de 1743, la Czarina pasó grandes cuidados, llegando á llorar cuando se encontraba á solas con sus dos principales consejeros Lestocq y Brümmer, porque consideraba peligrosísima para ella la muerte del sucesor al trono. En tal apuro concibióse el plan de enviar á la infeliz familia de Brunswick á Prusia y de confiar al rey prusiano la educación del príncipe Ivan, obligándose á elevarle al trono de Rusia, cuando muriera la Czarina (6). El príncipe se restableció y esto hizo suspender la realización de tan aventurados planes, pero su mera existencia basta para demostrar los apuros en que se veía y había de verse en lo sucesivo el gobierno de Isabel.

La llamada conjuración de Botta dió á comprender también que la Czarina no gozaba de popularidad alguna y que no faltaban partidarios á la destronada familia de Brunswick. En muchos puntos se oía decir que, en breve, estallaría una revolución en Rusia, llegando hasta á tratarse de atentar nuevamente á la vida de Isabel. El suplicio de un gran número de presos puso de manifiesto que se habían hecho manifestaciones amenazadoras de distinta clase (7).

En tan crítica situación, tratóse del casamiento del príncipe Pedro: la Czarina no pensaba en casarse para fundar una dinastía, pero siendo considerado el príncipe sucesor al trono como el firme apoyo de este, hubo de pensarse en buscarle una esposa, pues si el sucesor á la corona tenía á su vez un sucesor podía esperarse un tranquilo porvenir.

Con este objeto fué á Rusia la princesa Sofía Federica Augusta de Anhalt-Zerbs. ¿Quién podía entonces esperar (1744) que esta princesa había de ser después, con el nombre de Catalina, la sucesora del sucesor al trono?

(4) Droysen, *Historia de la política de Prusia*. V, 2, 152.  
(5) Idem, 153.  
(6) Idem, 180.  
(7) Véase en Droysen (Pr. Pol. V, 2, 191) el despacho de Mardefeld que da algunos pormenores sobre esto.

## LIBRO PRIMERO

### EL CAMINO DEL TRONO

## CAPITULO PRIMERO

### INFANCIA. DESPOSORIOS

Educación.—Primera permanencia en Rusia.—Juventud de Pedro.—Conversion de Catalina.—Oposición entre los dos novios.—Acontecimientos de familia

Con placer recordaba la que posteriormente fué emperatriz Catalina la época de la modesta condición en que como princesa Sofía Federica Augusta de Anhalt-Zerbst, había vivido en Stettin, al lado de su padre el duque de aquel país, donde nació en 21 de abril, según la antigua cronología, y en 1.º de mayo de 1729, según la nueva (1).

Así se dice en las Memorias que la emperatriz escribía en francés dedicándolas á su amiga la condesa Bruce, y en las cuales se encontraba una relación de los años de su infancia pasados en Stettin. Estas Memorias (2) se han perdido, y las que de la emperatriz ha publicado Hergen y de cuya autenticidad no podemos dudar, no contienen dato alguno acerca del período de su residencia en Stettin.

Cuando, en 1776, Catalina oyó decir que su amigo, el barón Grimm, proyectaba un viaje á Stettin, le escribió en los siguientes términos: «¿Qué queréis hacer allí? No encontraréis á nadie, á no ser quizás, al señor Laurencio, anciano caduco, que tenía poca importancia cuando yo era aun joven. Si á pesar de esto, persistís en vuestro propósito, sabed que nació en Marienkirchhof, en la casa de Greifenheim (3); que he vivido y he sido criada en el ala izquierda del castillo; que tenía una habitación con triple bóveda junto á la iglesia y que el campanario se alzaba sobre mi dormitorio. Allí me instruyó la señorita Cardel y me examinó el señor Wagner. Dos ó tres veces al día salía de allí y saltando alegre-

mente me dirigía á las habitaciones de mi madre que vivía al otro extremo del palacio. Todo esto no ofrece interés alguno, á no ser que creáis que el local ejerce cierta influencia en la producción de emperatrices regulares. En este caso debéis recomendar al rey de Prusia que ponga allí un criadero proporcionado de árboles de esta clase.» Algunas semanas después amplió esta última broma añadiendo que deberían ir algunas caravanas de diplomáticos á manera de pescadores de ballenas ó de arenques al vivero de emperatrices de Stettin: y otras por el estilo (4).

Catalina habla de la Cardel como de una excelente maestra, dotada de gran talento y prudencia: dice que poseía perfectamente la historia de la literatura y, como su discípula, lo sabía todo sin haber aprendido casi nada; y que la educanda había hecho, por su mala cabeza y su confusión de ideas, difícil la tarea de su profesora. Catalina hace notar también que la Cardel la había aconsejado la lectura de las obras de Molière; llamaba á Wagner calmoso pedante; calificaba de imbécil al profesor de caligrafía Laurencio, y del profesor de música Roellig decía en son de burla que aun no había obtenido su primer triunfo (5). En 1776, se acordó de cierta condesa Wachtmeister que veintidos años antes la había reñido por no llevar el pelo bastante bien peinado (6).

La madre de Catalina, la princesa Juana Isabel, que, al nacer su hija, solo contaba 17 años, no era á propósito para cuidar debidamente de su educación á causa de su carácter superficial y apasionado, y solo la veía, como hemos dicho, dos ó tres veces al día. El diplomático sueco, conde Gyllenborg, que poco antes de su viaje á Rusia conoció en Hamburgo á la joven princesa y apreció sus grandes cualidades, criticó á la madre porque cuidaba tan poco ó casi nada de su hija (7).

La joven princesa viajaba á menudo: en 1739 se encontraba en Eutin, donde el obispo príncipe de Lubeck, Adolfo Federico, tío y maestro del joven duque Pedro de Holstein,

(1) Masson en sus *Memorias secretas de Rusia* I, 175, sostiene que Catalina nació en 1727, pero lo cierto es que se supuso que tenía dos años menos para que su edad fuese mas proporcionada á la de Pedro. El casamiento de su padre el príncipe Cristiano Augusto de Anhalt Zerbst con Juana Isabel de Schleswig Holstein no se verificó hasta 8 de noviembre de 1727. Acerca de las probables relaciones íntimas del príncipe heredero de Prusia con la madre de Catalina, véase Lugenheim *Influencia de Rusia en los sucesos de Alemania y sus relaciones con esta*, Francfort, 1859, I, 322-324. Acerca de Bezkiij véanse la obra de Masson, III, 2, 171, y la Ilustración rusa *El siglo diez y ocho*, Moscou 1869, I, 10, 20, 23, y además las Memorias de Gretschs en la crónica rusa *El archivo ruso*, 1873, página 335.

(2) El conde D. N. Bludow, presidente del Consejo del imperio en tiempo del emperador Nicolás, cuenta que descubrió y leyó estas Memorias, examinando el archivo de palacio. También refiere algunos detalles de escaso interés acerca del nacimiento de Catalina: así lo dice el coleccionador de los datos sobre la juventud de Catalina en el *Siglo diez y ocho*, I, 8.

(3) Acerca de la casa en donde nació Catalina véase la *Colección de medallas de Stettin* descrita por Pitzschky en el periódico *Estudios bálticos*, 32, año 3.º y 4.º Heft Stettin 1882, página 338.

CATALINA II

(4) Véanse las cartas de Catalina á Grimm, publicadas por J. Grot en el tomo XXIII de la «Ilustración de sucesos históricos de San Petersburgo», pág. 51 y 55.

(5) Carta al conde Grimm en la «Ilustración de sucesos históricos de San Petersburgo» XXIII, 12, 18, 20, 50, 68, 78, 88.

(6) Carta á la señora Bjelke «Ilustración de sucesos históricos» X, 106.

(7) *Memorias de Catalina*, Hannover, 1859, pág. 26.

había organizado una especie de congreso de familia (1); en Zerbst y en Dornburg se reanudaron los recuerdos de su infancia (2); en Brunswick, donde vivía su abuela, y donde ella y otros recibieron de Pastor Dove la enseñanza religiosa, un canónigo le profetizó una brillante carrera, pues, según decía, veía tres coronas sobre su cabeza (3).

Algunos autores de aquella época y de tiempos posteriores dicen que la joven princesa fué educada en la corte de

Prusia (4), pero no es cierto, antes puede afirmarse que la visita que hizo á Berlin constituyó una verdadera excepción. Posteriormente Catalina, en una carta que escribió á Federico el Grande, manifestó el sentimiento que le había causado el haber conocido al grande hombre, al héroe, al sabio, al guerrero y al legislador en una época en que su juventud la permitía honrarle pero no apreciar su grandeza (5).

En 1759 ó 1760 se demostró ya el claro talento y la fuerza



Isabel I emperatriz de Rusia. Copia del grabado de E. Chemesov 1761, sacado del cuadro original de L. Tocqué

de voluntad de la princesa: nada la disgustaba tanto cuando era niña como el que no le dijeran la verdad (6). Menos favorablemente habla de sus cualidades intelectuales su camarista, la baronesa de Printzen: «He visto crecer, dice, á la princesa, he seguido su educacion y sus progresos, la he

(1) *Memorias de Catalina*, pág. 4.  
(2) *Ilustracion de sucesos históricos*, XXIII, 68.  
(3) Narracion de la emperatriz, hallada entre los papeles del príncipe Resborodko, *Siglo diez y ocho*, I, 10.  
(4) Rulhiere, Dohm, Lugenheim.  
(5) *Ilustracion de sucesos históricos*, XX, 391.  
(6) Véase el dietario de Catalina en la *Ilustracion de sucesos históricos*, VII, 89.

ayudado á hacer el equipaje cuando fué á Rusia; gozaba de tal manera de su confianza, que creía poderla conocer mejor que nadie; pero nunca hubiera creído que alcanzara la fama de que goza. Durante su juventud vi en ella una inteligencia formal, calculadora y fria que nada mas de particular dejaba esperar, que nada notable prometia, á pesar de que distaba de ser torpe, caprichosa ni apasionada; la consideraba dotada de un talento comun (7).»

La instruccion y educacion propiamente dichas de la princesa pertenecen á una época posterior, cual es la de su desposorio y de su matrimonio. Ella fué su propia maestra.

(7) Así se expresaba la baronesa contra el erudito Thiebaut; véase el extracto de sus Memorias en la crónica rusa *Russkaja Starina*, XXIII, 589

Durante el año de 1743 tratóse y decidióse en San Petersburgo la cuestion del matrimonio del gran duque heredero del trono. Ya á fines de 1742 el embajador inglés, caballero Wich, propuso á una de las hijas del rey de Inglaterra, de cuyo retrato quedó prendado el príncipe (1). Por otro lado procurábase hacer triunfar la candidatura de una princesa francesa, pero Isabel no parecía inclinada á aceptar tales proposiciones (2). También se vislumbraba el plan de buscar para el príncipe una princesa prusiana, pero el proyecto fracasó ante la oposicion del rey Federico, el cual añadía, en sus notas, que sería muy difícil obtener para este plan el beneplácito de Isabel (3). Bestusheff procuró hacer triunfar á la princesa sajona, Mariana, hija de Augusto III, rey de Polonia; porque aquel hombre de Estado, por una parte, pensaba en una alianza de Rusia con las potencias marítimas, Austria y Sajonia contra Francia y Prusia, y por otra recibía dineros de Sajonia. El clero ruso combatió, sin embargo, esta idea diciendo que una princesa católica podría ser mas peligrosa que una protestante á la verdadera Iglesia (4).

La emperatriz Isabel, que tenía mas confianza, entonces, en el médico Lestocq y en el mariscal supremo de la corte, Brümmer, que en su ministro Bestusheff, preparó, sin que este tuviera de ello noticia, el matrimonio de su sobrino con la princesa de Anhalt-Zerbst.

El pensamiento de tal matrimonio iba tomando cuerpo; hacia muchos años que existían animadas relaciones entre la emperatriz Isabel y los padres de la esposa elegida para el príncipe. El tío de la preferida, hermano de la princesa Juana Isabel de Anhalt Zerbst, Carlos, obispo titular de Lubeck, había sido, hacia veinte años, prometido de la princesa Isabel, no habiéndose podido verificar el matrimonio á causa de la muerte repentina del novio. Isabel le había llorado y había mantenido buenas relaciones con sus parientes. Seguía correspondencia con la princesa Juana Isabel y de ella había recibido como presente el retrato de la hermana de esta, la difunta duquesa de Holstein, Ana Petrowna, á cambio del cual le había enviado el suyo ricamente adornado de piedras preciosas. Decíase que el rey de Prusia, por consideracion á la emperatriz Isabel, había conferido en 1742 la dignidad de mariscal de campo al príncipe Cristian Augusto de Anhalt Zerbst (5). Ya en marzo de 1743, el príncipe Augusto de Holstein llevó á San Petersburgo un retrato de la joven princesa Sofia Federica Augusta de Anhalt-Zerbst (6).

No se sabe á punto fijo si fué la Prusia la que primero presentó esta candidatura (7), ó si fué el supremo mariscal de la corte Brümmer quien la tomó en San Petersburgo, como así lo escribe él mismo á la madre de la novia (8); lo que está fuera de toda duda es que la actividad diplomática del embajador prusiano, el baron Mardefeld, tuvo una parte considerable en la favorable resolucion de este asunto. Una vez resuelto todo formalmente en Moscou, la novia dió las

(1) Droysen, *Historia de la política prusiana*, V, 2, 134 y 147.  
(2) Herrmann, *Historia del Estado ruso*, V, 76, 77.  
(3) Véase la *Historia de mi tiempo* en las *publicaciones sacadas del archivo del Estado prusiano*, Berlin 1876, IV, 302, 303.  
(4) Despacho de Chetardie hallado en el archivo de Moscou: Ssolowief XXI, 320.  
(5) *Siglo diez y ocho*, I, 11, 12.  
(6) Inventarios de Stahlin en los «Documentos de la sociedad moscovita para la historia y la antigüedad (Tshtenija) 1866, IV, Misceláneas, 86. El nombre que aquí se da al pintor es distinto del que le da Helbig en la *Biografía de Pedro III*, I, 48, es decir, Resche en vez de Pesne, lo cual puede muy bien ser un error de lectura al leer en ruso los caracteres latinos.  
(7) Ranke, en los nueve libros de *Historia prusiana*, III, 125, opina que Podewils fué el primero que designó á la princesa.  
(8) Ssolowief, *Historia de Rusia*, XXI, 321.

gracias al rey de Prusia por haber sido el verdadero autor de su matrimonio (9).

Todos están acordes en que la princesa Juana Isabel y su hija llegaron secretamente á Rusia con nombres supuestos, para visitar á sus parientes, corriendo á cargo de Rusia los gastos del viaje.

Aquello fué una verdadera presentacion de novia, semejante á la que despues preparó Catalina á su hijo y á su nieto. Pero antes de que la novia se presentara en Rusia, había que resolver una dificultad: ella y Pedro eran nietos de hermanos: cuando Mardefeld expuso esta consideracion, la emperatriz la miró como un obstáculo; pero se pudo obtener el consentimiento del clero ruso y se conservó el secreto de tal manera que se calló el nombre de la princesa y solo se consignó el grado y la clase de parentesco de la prometida del príncipe (10).

La princesa contaba entonces catorce años; y cuando Podewils habló de ella al rey de Prusia aseguró «que para su edad estaba muy desarrollada (11).»

El príncipe Cristian Augusto se había dirigido con su esposa y su hija, poco antes de la fiesta de Navidad del año 1743, desde Stettin á Zerbst para celebrar en familia aquella fiesta y la de San Silvestre. En 1.º de enero de 1744, cuando se iba á celebrar en la capilla de palacio el servicio divino de la mañana, llegó un correo de Berlin con una comunicacion del supremo mariscal ruso, Brümmer, en la cual invitaba á la princesa, en nombre de la emperatriz Isabel, á trasladarse en secreto con su hija á San Petersburgo. Algunas horas despues llegó una carta del rey Federico, en la cual se hablaba del proyectado enlace del heredero del trono de Rusia con la princesa Sofia Federica Augusta (12).

De la joven princesa ha quedado un papel con su nombre de Anhalt Zerbst en anagrama: en él, así como en otros de sus escritos y en sus palabras se muestra la agitacion que le producian las cartas de su madre, como si un oráculo pesara sobre su vida. La madre pensaba en el anciano Oleario, el cual, un siglo antes, había procurado, con su presentimiento profético, buscar alianzas favorables para la casa de Holstein, y escribía: «Levanta tu noble cabeza del sepulcro, Oleario, tú, verdadero profeta de la casa de Holstein; contempla los comienzos del tiempo feliz que anunciaste (13).» La princesa escribía además al rey Federico que nunca había pensado que su hija tuviera un porvenir menos brillante que el que se les ofrecía (14). En todos los documentos prometía seguir siempre los consejos del rey y solo le parecía imposible que su esposo no estuviese iniciado en el gran secreto.

Era preciso emprender el viaje sin pérdida de tiempo; la situacion de Rusia hacia que un deseo de la emperatriz Isabel fuera un verdadero mandato. La princesa de Anhalt Zerbst siguió al pié de la letra las instrucciones que en su carta le daba Brümmer, procurando en lo posible guardar secreto sobre el viaje. En 12 de enero de 1744 (31 de diciembre de 1743), partieron de Zerbst los viajeros, y en Berlin se detuvieron dos dias celebrando una entrevista con el ministro Podewils (15). Tres ó cuatro semanas despues el embajador imperial, conde de Seckendorf, procuró explorar

(9) *Ilustracion de sucesos históricos*, XX, 149.  
(10) Schlözer; *Federico el Grande y Catalina II*, Berlin, 1859, pág. 35.  
(11) Schlözer, página 33.  
(12) Siebigk; *Viaje de novia de Catalina II á Rusia*, Dessau, 1873, pág. 5 y 6.  
(13) Ranke; *Nueve libros de historia prusiana*, III, 127.  
(14) Siebigk, pág. 140.  
(15) Siebigk, pág. 19.